

DC201

75

1846

V. 8



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Capilla Arzobispal  
Biblioteca Universitaria

## LIBRO VEINTE Y OCHO.

Fontainebleau.

La paz de Tilsit causa grande júbilo en Francia y en los países aliados.—Primeros actos de Napoleon despues de su regreso á Paris.—El general Savary es enviado á San Petersburgo.—Nueva distribucion de las tropas francesas en el Norte.—El cuerpo de ejército del mariscal Brune, recibe orden de ocupar la Pomerania sueca y poner sitio á Stralsund, en caso de que se renovasen las hostilidades con la Suecia.—Dirigense reiteradas instancias á la Dinamarca para decidirla á tomar parte en la nueva coalicion continental.—Secuestro de las mercaderias inglesas en todo el continente.—Primeras esplicaciones de Napoleon con el gobierno español despues de restablecida la paz.—Se dirige á Portugal una intimacion para obligarlo á espulsar á los ingleses de Lisboa y Oporto.—Reunion de un ejército francés en Bayona.—Idénticas medidas con respecto á Italia.—Ocupacion de Corfú.—Disposiciones relativas á la marina.—Acontecimientos en el mar, desde el mes de octubre de 1805 hasta el de julio de 1807.—Sistema de cruceros.—Cruceros del capitan L. Hermitte en la costa de Africa, del contra-almirante Willaumez en las costas de las dos Américas, y del capitan Ledue en los mares boreales.—Envio de socorros á las colonias francesas y situacion de estas.—Nuevo ardor de Napoleon por la marina.—Sistema de guerra maritima en que se fija.—Negocios interiores del Imperio.—Cambios en el personal de los altos empleados.—El principe de Talleyrand es nombrado vice-gran elector, y el principe Berthier vice-condestable.—Mr.



de Champagny es nombrado ministro de Negocios Estrangeros. Mr. Cretet ministro de lo Interior, y el general Clarke ministro de la Guerra.—Mr. de Portalis muere, y le reemplaza Mr. Bigot de Preameneu.—Supresion definitiva del Tribunalado.—Arreglo de la magistratura.—Estado de las rentas.—Presupuestos de 1806 y 1807.—Se restablece la balanza entre los ingresos y los gastos sin recurrir á empréstitos.—Creacion de la caja de servicio.—Institucion del tribunal de cuentas.—Obras públicas.—Empréstitos contratados con el tesoro del ejército para aquellas obras.—Sueldos concedidos á los mariscales, generales, oficiales y soldados.—Establecimiento de los títulos de nobleza.—Estado de las costumbres y de la sociedad francesa.—Carácter de la literatura, de las ciencias y de las artes bajo la dominacion de Napoleon.—Legislatura de 1807.—Adopcion del código de comercio.—Casamiento del principe Gerónimo.—Ciérrase la corta legislatura de 1807, y la corte imperial se traslada á Fontainebleau.—Acontecimientos de Europa durante los tres meses dedicados por Napoleon á los negocios interiores del Imperio.—Estado de la corte de San Petersburgo despues del tratado de Tilsit.—Esfuerzos del emperador Alejandro para reconciliar á la Rusia con la Francia.—Aquel principe ofrece su mediacion al gabinete británico.—Situacion de los partidos en Inglaterra.—Reemplazo del ministerio Fox-Grenville por el de Canning y Castlereagh.—Disolucion del parlamento.—Formacion de una mayoría favorable al nuevo ministerio.—Respuesta evasiva á la oferta de la mediacion rusa, y envio de una escuadra á Copenhague para apoderarse de la marina dinamarquesa.—Desembarco de las tropas inglesas bajo las mismas murallas de Copenhague y preparativos de bombardeo.—Se intimá á los dinamarqueses que entreguen su escuadra.—En vista de su negativa, los ingleses bombardean la capital durante tres dias, y tres noches.—Horrible destrozo de Copenhague.—La indignacion es general en Europa, y se redoblan las hostilidades contra la Inglaterra.—Esfuerzos de esta potencia para hacer que se aprobase en Viena y San Petersburgo el odioso é inhumano atentado cometido contra Dinamarca.—Disposiciones que inspiraron á la corte de Rusia los últimos sucesos.—Toma el partido de aliarse mas estrechamente con Napoleon, para obtener de él la Moldavia y la Valaquia, ademas de la Finlandia.—Instancias de Alejandro con Napoleon.—Resoluciones de este despues del desastre de Copenhague.—Excita á la Rusia á apoderarse de la Finlandia, alimenta sus esperanzas con respecto á las provincias del Danubio, concluye un arreglo con el Austria, vuelve á llevar sus tropas desde el Norte de la Italia hacia el Mediolano, para preparar la expedicion de Sicilia, reorganiza la escuadrilla de Boloña, y acelera la invasion de Portugal.—Formacion de un segundo cuerpo de ejército para apoyar la marcha del general Junot hacia Lisboa, con la denominacion de segundo cuerpo de observacion de la Girona.—La cuestion de Portugal origina la de España.—Proyectos y dudas de Napoleon con respecto á

España.—Poco á poco se vá arraigando en su ánimo la idea sistemática de escluir á los Borbones de todos los tronos de Europa.—La falta de un pretexto para destronar á Carlos IV le hace titubear.—Papel de Mr. de Talleyrand y del principe Cambaceres en aquella circunstancia. Napoleon se fija en la idea de una reparticion provisional del Portugal con la corte de Madrid y firma el 27 de octubre el tratado de Fontainebleau.—Cuando ya se habia decidido á un aplazamiento respecto á España, los graves acontecimientos del Escorial llamaron toda su atencion.—Estado de la corte de Madrid.—Administracion del principe de la Paz.—Marina, ejército, hacienda y comercio de España en 1807.—Partidos que dividian la corte.—Partido de la reina y del principe de la Paz.—Partido de Fernando, principe de Asturias.—Una enfermedad de Carlos IV, que hacia temer por su vida, inspiró á la reina y al principe de la Paz, la idea de alejar del trono á Fernando.—Medios imaginados por éste para contrarrestar los proyectos de sus enemigos.—Se dirige á Napoleon para obtener la mano de una princesa francesa.—Algunas imprudencias por parte suya infunden sospechas acerca de su conducta y provocan la ocupacion de sus papeles.—Arresto del principe y formacion de una causa criminal contra él y sus amigos.—Carlos IV revela á Napoleon lo que pasa en su familia.—Provocado Napoleon á mezclarse en los asuntos de España reúne un tercer cuerpo de ejército por la parte de los Pirineos, y manda que las tropas marchen aceleradamente.—Mientras se prepara para intervenir, el principe de la Paz asustado por el efecto que habia producido el arresto del principe de Asturias, se decide á concederle el perdón, mediante una sumision deshonrosa.—Perdón y humillacion de Fernando.—Calma momentánea en los asuntos de España.—Napoleon se aprovecha de ella para trasladarse á Italia.—Parte de Fontainebleau para Milan á mediados de noviembre de 1807.

La paz de Tilsit habia producido en Francia un júbilo profundo y universal. Bajo la dominacion del vencedor de Austerlitz, de Jena y de Friedland, no era de temer la guerra; sin embargo, despues de la jornada de Eylau, se llegó á concebir alguna inquietud, viéndole tan empeñado en aquella encarnizada lucha: un secreto presentimiento hacia conocer claramente á algunos, y confusamente á todos, que en aquel camino, como en cualquier otro, era necesario saber detenerse á tiempo; que á los triunfos podian suceder los re-



veses; que la fortuna inconstante siempre, no debía llevarse hasta el extremo, y que Napoleón sería el único de los tres ó cuatro héroes de la humanidad á quien no hubiese hecho espiar sus favores, si trataba de abusar de ellos. Hay en las cosas humanas un término que no es lícito traspasar, y según la opinión generalizada entonces, Napoleón tocaba ya á aquel límite, que el entendimiento descubre con mas facilidad que le aceptan las pasiones.

Sentíase además la necesidad de la paz y de sus dulces goces. Indudablemente Napoleón había proporcionado á la Francia la seguridad interior, hasta tan alto punto, que durante una ausencia de cerca de un año, y á la distancia de cuatrocientas ó quinientas leguas, no había estallado la mas leve turbulencia. Una corta ansiedad por la carnicería de Eylau, por la carestía de las subsistencias en el invierno, y algunos discursos pronunciados en las casas de varios descontentos, fueron las únicas agitaciones que señalaron la crisis que se acababa de atravesar. Mas, aun cuando ya no se temía que se repitiesen los horrores del noventa y tres, y aun que reinase la mas completa confianza, era sin embargo, con la condición de que Napoleón viviera, y cesase de esponer á las balas su preciosa cabeza; era con el deseo de gustar, sin mezcla de inquietud, la inmensa prosperidad de que había dotado á la Francia. Los que le eran deudores de una posición elevada aspiraban á gozar de ella: las clases que viven de la agricultura, de la industria y del comercio, es decir, la casi totalidad de la nación, deseaban utilizar por fin las consecuencias de la revolución, y la vasta es-

tension de los conductos abiertos á la Francia: porque si bien era cierto que la estaban cerrados los mares, se ofrecía á su actividad el continente entero, con esclusión de la industria británica, y aun se esperaba que los mares volverían á abrirse á consecuencia de las negociaciones de Tilsit. Habíase visto en efecto, á las dos mayores potencias del continente, mejor aconsejadas acerca de la conformidad de sus intereses, y desengañadas de la inutilidad de su lucha, abrazarse en cierto modo á orillas del Niemen, en las personas de sus soberanos, y unirse para cerrar el litoral de la Europa á la Inglaterra, para dirigir contra ella los esfuerzos de todas las naciones, y había la esperanza de que asustada de su aislamiento aquella potencia, aceptaría la paz en 1807 con condiciones moderadas, como lo hizo en 1802. No era presumible fuese rechazada la mediación que el gabinete ruso iba á proponerla, y que hacia fácil para su orgullo una pacificación que reclamaban sus intereses. Gozábase de la paz del continente, se vi-lumbraba la de los mares, y todos se conceptuaban felices con lo que poseían y lo que esperaban. El ejército, que era el que sostenía particularmente el peso de la guerra, no codiciaba tanto la paz como el resto de la nación. Sus principales gefes que habían visto ya tantas regiones lejanas y tan sangrientas batallas, que estaban cubiertos de gloria, y á quienes Napoleón iba á colmar bien pronto de riquezas, deseaban en verdad, tanto como la misma nación, gozar de lo que habían adquirido. Un gran número de veteranos que tenían asegurada su parte en la munificencia de Napoleón, eran del mismo parecer. Pero los gene-



rales, oficiales y soldados jóvenes, que formaban una gran parte del ejército, no anhelaban mas que se les presentasen nuevas ocasiones de gloria y de fortuna. Con todo, despues de una penosa campaña no dejaba de agradarles un intervalo de reposo, y puede decirse que la paz de Tilsit, era saludada por las aclamaciones unánimes de la nacion y del ejército, de la Francia y de la Europa, de los vencedores y de los vencidos. Excepto la Inglaterra que veia el continente unido otra vez contra ella, excepto el Austria que habia esperado un momento la ruina de su dominador, no habia nadie que dejase de aplaudir aquella paz, que sucedia de repente á la mayor agitacion guerrera de los tiempos modernos.

Aguardábase á Napoleon con impaciencia, porque ademas de las razones que habia para no mirar con gusto sus ausencias, siempre motivadas por la guerra, todos deseaban tenerle á su lado, velando por la comun tranquilidad, y aplicándose á hacer brotar de su inaglotable ingenio nuevos manantiales de prosperidad. El cañon de los inválidos que anunciaba su entrada en el palacio de Saint-Cloud, resonó en todos los corazones como la señal del mas feliz acontecimiento, y por la noche una iluminacion espontánea y general, que ni habia mandado la policia de Paris ni exigido con amenazas la multitud, y que brillaba en los balcones de los ciudadanos y en las fachadas de los edificios públicos, fué el comprobante inequivoco de la alegría mas verdadera y universal.

Mi razon, despreocupada por el tiempo, é iluminada por la esperiencia, conoce muy bien todos os peligros que encubre esta desmedida grandeza,

peligros que por otra parte, son bien fáciles de juzgar despues que ocurren los sucesos. Aunque dedicado al modesto culto del buen sentido, permítaseme no obstante un momento de entusiasmo por tantas maravillas, que no han durado, pero que hubieran podido subsistir, y referirlas con un completo olvido de las calamidades que las han seguido. Para pintar con exactitud estos tiempos tan diferentes del nuestro, no quiero divisar antes que lleguen, los tristes dias que despues se han sucedido.

Un signo vulgar, pero verdadero de la disposicion de los ánimos, es la alza ó baja de los fondos públicos en los grandes estados modernos que hacen uso del crédito, y que permiten que en un vasto mercado, llamado bolsa, se vendan y compren los títulos de los empréstitos que han contraido con los capitalistas de todas las naciones. La renta del 5 por 100 (que como es bien sabido representa un interés de 5 permitido ó aprobado á un capital nominal de 100), que Napoleon encontró á 12 francos en el 18 brumario, y que habia subido despues á 60, llegó á 70 con la noticia de la batalla de Austerlitz, y luego se elevó hasta 90, alza desconocida hasta entonces en Francia. La disposicion á la confianza era tan pronunciada, que el precio de estos fondos iba en aumento, y á fines de julio de 1807 ascendia á 92 y 93. Al dia siguiente de los asignados, cuando se habia concluido ya la aficion á los negocios de hacienda, cuando los fondos públicos no habian hecho todavía la fortuna de grandes especuladores, y producido por el contrario la ruina de los acreedores legitimos del estado, cuando el precio del dinero era tal, que se encontraba facilmente en imposiciones sólidas un interés de 6 y 7



por 100, se necesitaba una confianza inmensa en el gobierno establecido para que los títulos de la deuda perpétua fuesen aceptados á un interés que no escedía de 5 por 100.

Napoleon llegó el día 27 de julio por la mañana al palacio de Saint-Cloud, en donde acostumbraba pasar el verano. A las princesas de su familia que se habian apresurado á salir á su encuentro, se unieron los grandes dignatarios, los ministros, y principales miembros de los cuerpos del estado. En su semblante brillaban la confianza y la alegría.

—La paz continental, les dijo, queda asegurada, y en cuanto á la paz marítima la obtendremos bien pronto por el concurso voluntario ó forzoso de todas las potencias continentales. Tengo motivos para creer sólida la alianza que acabo de concluir con la Rusia. Me bastaría una alianza menos poderosa para contener á la Europa, y para privar de todo recurso á la Inglaterra. Con la de la Rusia que me ha dado la victoria y que la política me conservará, llegaré á superar todas las resistencias. Gocemos de nuestra grandeza y convirtámonos ahora en comerciantes y fabricantes.—Dirigiéndose particularmente á sus ministros, Napoleon les dijo: He desempeñado bastante tiempo el empleo de general, voy á volver á tomar con vosotros el de *primer ministro*, y á principiar *mis grandes revistas de negocios*, que ya es tiempo que se sucedan á *mis grandes revistas de ejércitos*.—Retuvo en Saint-Cloud al príncipe Cambaceres á quien admitió en su comida de familia y con el cual conversó acerca de sus proyectos, porque su imaginacion ardiente empleada sin cesar en el trabajo, solo concluía una obra para dar principio á otra.

Al día siguiente se ocupó en dar órdenes que abrazaban la Europa desde Corfú á Königsberg. Su primer pensamiento fué sacar inmediatamente las consecuencias de la alianza rusa que acababa de concluir en Tilsit. Esta alianza, comprada á precio de sangrientas victorias, y de infinitas esperanzas inspiradas á la ambicion rusa, era necesario utilizarla antes que el tiempo ó errores inevitables viniesen á restringir su ardor. Se habia prometido violentar á la Suecia, persuadir á la Dinamarca, arrastrar á Portugal por medio de la España, y decidir de este modo á todos los estados del litoral de los mares europeos, á pronunciarse contra la Inglaterra. Tambien se habia obligado á atraer al Austria á resoluciones semejantes. De este modo, la Inglaterra iba á verse envuelta en un círculo de hostilidades desde Kronstadt hasta Cadiz, y desde este punto hasta Trieste, sino aceptaba las condiciones de paz que la Rusia estaba encargada de ofrecerla. En su tránsito desde Dresde á Paris, Napoleon habia dado ya órdenes, y al día siguiente á su llegada á la corte de Francia, continuó espidiendo otras nuevas para la inmediata ejecucion de aquel vasto sistema. Su primer cuidado debia ser enviar á San Petersburgo un agente que continuase cerca de Alejandro, la obra de seducion comenzada en Tilsit. No podia seguramente encontrar un embajador tan seductor como lo era él mismo. Sin embargo, era indispensable buscar uno que pudiese agradar, inspirar confianza, y allanar las dificultades que siempre se presentan aun en la alianza mas sincera. Esta eleccion exigia mucha reflexion. Esperando haber hecho una que reunia las condiciones apetecidas, Napoleon envió



un oficial ordinariamente empleado y á propósito para todo, así para la guerra como para la diplomacia y la policía, que sabía ser alternativamente flexible ó arrogante, y muy capaz de insinuarse en el ánimo del joven monarca, á quien ya había sabido agradar: era este el general Savary, cuyo talento, adhesión sin escrúpulo y sin límites, y cuyo valor hemos ya dado á conocer. El general Savary, enviado en 1805 al cuartel general ruso, había encontrado á Alejandro lleno de orgullo la víspera de la batalla de Austerlitz, y consternado al día siguiente: no abusó sin embargo de la mudanza de fortuna, antes por el contrario, guardó hábilmente consideraciones con el príncipe vencido, y aprovechándose del ascendiente que dan sobre otro las debilidades, cuyo secreto se ha llegado á sorprender, había adquirido la suficiente influencia para una misión de aquella especie. En aquellos primeros momentos en que se trataba de saber si Alejandro era sincero, y si sabría poner un dique á los resentimientos de su nación que no había pasado con tanta presteza como él desde los dolores de Friedland á las ilusiones de Tilsit, el general Savary era muy adecuado por su sutileza para penetrar las intenciones del joven príncipe, intimidarle con su audacia, y en caso de necesidad contestar con altivez militar á las insolencias que pudieran dirigirle en San Petersburgo. El general Savary reunía además otra ventaja, que no despreciaba el malicioso orgullo de Napoleón. La guerra con la Rusia había comenzado á consecuencia de la muerte del duque de Enghien, y á Napoleón no le desagradaba enviar á aquella potencia el hombre que mas había figurado en aquella catástrofe. De este modo hacia befa de la aristocracia ru-

sa, enemiga de la Francia, sin herir el amor propio del príncipe, que en su veleidad había olvidado la causa de la guerra con tanta prontitud como la guerra misma.

Napoleón, sin ningún título aparente, dió al general Savary poderes muy amplios y mucho dinero para que pudiese vivir en San Petersburgo, cual convenia á su elevada posición. El general debía hacer al emperador mil protestas acerca de la sinceridad de la Francia, apremiarle á que se esplicase con la Inglaterra, llegar con ella á una resolución pronta, fuese la paz ó la guerra, y en este último caso invadir inmediatamente la Finlandia, empresa que lisongeando la ambición moscovita, daría por resultado empeñar definitivamente á la Rusia en la política de la Francia. Por último Savary debía emplear todos los recursos de su talento en hacer que prevaleciese y diera sus frutos la alianza concluida en Tilsit.

Entabladas ya las relaciones con la Rusia, Napoleón se ocupó de los otros gabinetes que debían concurrir á la ejecución de su sistema. No esperaba en verdad una conducta sensata por parte de la Suecia, gobernada entonces por un rey extravagante. Aunque aquella potencia tuviese doble interés en que no se la violentase, el de contribuir al triunfo de los neutrales, y el de evitar una invasión rusa, Napoleón estaba, no obstante, persuadido de que no tardaría mucho en verse precisado á emplear contra ella la fuerza de sus armas, lo cual le era bien fácil con un ejército de cuatrocientos veinte mil hombres, que dominaba el continente desde el Rhin al Niemen. Adoptó, pues, algunas disposiciones para invadir inmediatamente la Pomerania



sueca, única posesion que sus antiguas y recientes locuras habian permitido conservar á la Suecia en el suelo alemán. Con este objeto, Napoleon hizo algunas alteraciones en la distribucion de sus fuerzas en Polonia y Prusia. No queria evacuar la Polonia hasta que la dinastia sajona que acababa de restablecer en ella estuviese bien asegurada, ni la Prusia hasta que hubiese satisfecho por completo las contribuciones de guerra ordinarias y extraordinarias. En su consecuencia, el mariscal Davout recibió orden de ocupar con su cuerpo, con las tropas polacas nuevamente creadas, y casi todos los dragones, la parte de la Polonia, destinada con el titulo de gran ducado de Varsovia, al rey de Sajonia. Una division debia situarse en Thorn, otra en Varsovia, y la tercera en Posen. Los dragones debian forragear en las orillas del Vistula: esta era la que se llamaba primera comandancia. El mariscal Soult con su cuerpo de ejército y casi toda la reserva de caballería, ocupó la antigua Prusia desde el Pregel hasta el Vistula, y desde este rio hasta el Oder, con orden de retirarse sucesivamente á medida que se fuesen pagando las contribuciones. La caballería de línea y la ligera, debian permanecer en la isla de Nogath disfrutando de la abundancia que ofrecia aquel Delta del Vistula. En esta segunda comandancia, Napoleon intercaló otra, en algun modo escepcional, como que aquel punto, que era el de Dantzic, reclamaba su presencia. Colocó alli á los granaderos de Oudinot, y ademas la division Verdier, que habian formado el cuerpo del mariscal Lannes, y que debian ocupar aquella rica poblacion, como tambien el territorio que habia recobrado con la cualidad

de ciudad libre. La division Verdier no estaba destinada á quedarse alli, pero los granaderos tenían orden de permanecer hasta que se despejaron perfectamente los negocios de Europa. La tercera comandancia que comprendia la Silesia, se confió al mariscal Mortier, á quien Napoleon colocaba con gusto en las provincias en donde habia que salvar muchas riquezas de los desórdenes de la guerra, y que habia dejado su cuerpo de ejército, disuelto recientemente por la reunion de los polacos y de los sajones en el ducado de Varsovia. Este mariscal tenia á sus órdenes los cuerpos quinto y sexto, que acababan de dejar los mariscales Massena y Ney, quienes con el mariscal Lannes habian obtenido permiso de volver á Francia para descansar de las fatigas de la guerra. El quinto cuerpo estaba acantonado en las inmediaciones de Breslau, en la alta Silesia, y el sexto al derredor de Glogau en la Silesia baja. El primer cuerpo confiado al general Victor desde la herida del príncipe de Ponte-Corvo, recibió orden de ocupar á Berlin, marchando en su movimiento retrógrado, con la guardia imperial que regresaba á Francia para ser obsequiada con fiestas magnificas. Finalmente, las tropas que habian formado el ejército de observacion á espaldas de Napoleon, se dirigieron rápidamente hacia el litoral. Los italianos parte de los bávaros, los badeneses, los de Hesse, y las dos hermosas divisiones francesas Boudet y Molitor, marcharon con el parque de artillería que habia servido para sitiar á Dantzic, hacia la Pomerania sueca. Napoleon aumentó aquel parque con cuantas bocas de fuego y municiones permitia reunir la buena estacion, y le hizo colocar al frente de



Stralsund para quitar aquel sitio de refugio al rey de Suecia, en caso de que aquel príncipe consecuente en su carácter, volviese á emprender por sí solo las hostilidades, cuando todo el mundo hubiese depuesto las armas. El mariscal Brune, que habia sido colocado al frente del ejército de observacion, recibió el mando directo de aquellas tropas que ascendian á un total de treinta y ocho mil hombres, y estaban provistas de un inmenso material. El ingeniero Chasseloup que tan hábilmente habia dirigido el sitio de Dantzig, recibió tambien el encargo de dirigir el de Stralsund si llegaba el caso de emprenderle.

El mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo, que habia marchado á Hamburgo para curarse de su herida, obtuvo el mando de las tropas destinadas á guardar las ciudades anseáticas y el Hanover. Los holandeses se aproximaron á la Holanda, y se dirigieron hácia el Ems: los españoles ocuparon á Hamburgo. Estos últimos habian atravesado: unos la Italia y otros la Francia, para trasladarse cruzando la Alemania, á las costas del mar del Norte: formaban un cuerpo de catorce mil hombres á las órdenes del marqués de la Romana. Eran hermosos soldados de tez morena, enjutos de miembros, que tiritaban con el intenso frío de las tristes y heladas playas del Océano Septentrional, y que haciendo un singular contraste con nuestros aliados del Norte, recordaban por la estraña diversidad de pueblos sometidos á un mismo yugo, los tiempos de la grandeza romana. Seguidos de muchas mugeres, niños, caballos, mulos y asnos que los servian de bagages, bastante mal vestidos, pero de una manera original, vivos, animados,

ardientes y bulliciosos, sin hablar mas idioma que el español, maniobraban poco, empleaban gran parte del dia en bailar al son de la guitarra con las mugeres que los acompañaban, y se atraian la estupefacta curiosidad de los graves habitantes de Hamburgo, cuyos diarios referian aquellos pormenores á la Europa asombrada con tantas y tan estraordinarias escenas. Disuelto el cuerpo del mariscal Mortier, como acabamos de referir, la division francesa Dupas, que habia formado parte de él, se dirigió hácia las ciudades anseáticas, para volar al socorro de nuestros aliados holandeses ó españoles que pudieran recibir la visita del enemigo. Este no podia ser otro que los ingleses, que hacia ya un año habian prometido ya en vano una expedicion continental, y que podian muy bien, como acontece siempre cuando se ha titubeado mucho, obrar cuando ya hubiese pasado el tiempo de hacerlo. A las tropas del general Brune encargadas de hacer frente á Stralsund, y á las del mariscal príncipe de Ponte-Corvo, cuya mision era la de observar el Hanover y la Holanda, debian reunirse en caso de necesidad, primero la division Dupas, y luego todo el primer cuerpo, concentrado en aquel momento al derredor de Berlin. Contra aquella reunion de fuerzas debia estrellarse qualquiera tentativa de los ingleses.

Asi es, que todo se hallaba pronto, si la mediacion rusa no tenia buen éxito, para arrojar á los suecos de la Pomerania á Stralsund, de Stralsund á la isla de Rugen, y de la isla de Rugen al mar, á donde serian precipitados los mismos ingleses, si intentasen un desembarco en el continente. Estas medidas debian asi mismo dar por resultado el



obligar á la Dinamarca á que completase con su adhesion, la coalicion continental contra la Inglaterra. Todo era bien fácil con respecto á los suecos: se habian conducido de una manera tan hostil y tan arrogante, que no habia que hacer mas que la intimacion, y rechazarlos en seguida sobre Stralsund. Los dinamarqueses por el contrario, habian observado tan escrupulosamente la neutralidad y se habian conducido con tanto comedimiento, inclinándose de corazon á la causa de la Francia, que era la suya, aunque sin atreverse á manifestarlo, que no se los podia insultar como á los suecos. Napoleon encargó á Mr. Talleyrand que escribiese inmediatamente al gabinete de Copenhague, para hacerle entender que ya era tiempo de tomar un partido, que la causa de la Francia era la suya, porque la Francia no luchaba con la Inglaterra si no por la cuestion de los neutrales, y esta cuestion lo era de existencia para todas las potencias navales, con particularidad para las mas pequeñas, que eran á las que habitualmente concedia menos consideracion la supremacia británica. Mr. de Talleyrand tenia orden de espresarse como amigo, pero exigente, y de ofrecer tambien á la Dinamarca las mejores tropas francesas y el auxilio de una formidable artilleria, capaz de contener á larga distancia á los navios ingleses mejor armados.

Asustando á la Inglaterra con esta reunion de fuerzas, y tratando á su comercio con el mas estremado rigor, creia Napoleon aprovechar utilmente y secundar la mediacion rusa. Mientras que adoptaba las medidas militares que acabamos de referir, habia hecho secuestrar las mercaderías in-

glesas en Leipzig, en donde se habia encontrado una cantidad considerable de ellas. Descontento de la manera con que se habian ejecutado sus órdenes en las ciudades anseáticas, hizo ocupar la factoría inglesa en Hamburgo, confiscar muchos valores y géneros, é interceptar en todos los correos las cartas de los comerciantes ingleses, de las cuales se quemaron mas de cien mil. El rey Luis, que desde el trono de Holanda le contrariaba á cada momento por sus medidas irreflexivas, por su vanidad, por su proyectada reduccion del ejército y de la marina holandesa (lo que no le impedía el que quisiese establecer una guardia real, nombrar mariscales, y hacer los gastos de la coronacion) el rey Luis, á todos los planes que habia concebido para agradar á sus súbditos, reunía una tolerancia para con el comercio inglés, que llegaba á ser como una verdadera traicion hacia la politica de la Francia; Napoleon, altamente indignado, le escribió que si no variaba de conducta, iba á llevar las cosas hasta el extremo, y á hacer guardar las puertas de Holanda por las tropas y aduanas francesas. Esta amenaza le produjo buen resultado, y las prohibiciones contra el comercio inglés en Holanda se ejecutaron con un poco mas de rigor.

Napoleon quiso que se vendiesen todos los géneros secuestrados y que su producto ingresase en la caja de contribuciones de guerra, para aumentar las riquezas de aquella caja, cuyo destino noble, á la par que ingenioso y fecundo, daremos á conocer bien pronto. Espidió órdenes para que el Hanover, al que trataba sin consideracion porque era una provincia inglesa, la Hesse, las pro-



vincias prusianas de Franconia y la misma Prusia, pagasen sus contribuciones antes que se retirase el ejército. Puede decirse con verdad, que los vencidos no eran tratados con mucho rigor, especialmente si recordamos lo que pasaba en el siglo XVII, durante las guerras de Luis XIV, en el siglo XVIII cuando las guerras del gran Federico, y en nuestro tiempo cuando la Francia fué invadida en 1814 y 1815. Napoleon habia aumentado á las contribuciones ordinarias, de las cuales se habia cobrado á lo sumo una mitad, otra extraordinaria que estaba muy lejos de ser insoportable, y que era el justo premio de la guerra que se le habia suscitado. Mediante esta contribucion hacia que se pagase todo lo que se tomaba de casa de los habitantes. Encargó á Mr. Daru, su hábil é integro representante para los asuntos pertenecientes á la hacienda militar, que tratase con la Prusia acerca del modo de pagar las contribuciones que adeudaba, declarando que á pesar de sus descos de trasladar las tropas francesas al litoral europeo, no evacuaría ni una provincia, ni una plaza de Prusia, antes del completo pago de las sumas que le habian sido ofrecidas. De este modo esperaba, que satisfechos todos los gastos de la campaña, y reunido á las contribuciones de la Alemania los restos de la que se habia impuesto al Austria, le quedarían cerca de 300 millones; suma que valia entonces un duplo de lo que valdria hoy, y que en sus hábiles manos llegarían á ser un medio mágico de beneficios y creaciones de toda especie.

Mientras que tomaba sus medidas en el Norte las adoptaba tambien en el Mediodia para la realizacion de su sistema. La España le habia dado

durante su campaña de Prusia, justos motivos de desconfianza, y la proclama del principe de la Paz en que llamaba á las armas á todos los españoles bajo el pretexto de hacer frente á un enemigo desconocido, solo podia atribuirse á una verdadera traicion. Lo era efectivamente, porque en aquel momento, vispera de la batalla de Jena, el principe de la Paz entablaba relaciones secretas con la Inglaterra. Aunque ignoraba aquellos pormenores, Napoleon no se engañaba, pero queria disimular hasta que se viese libre y desembarazado para obrar. El innoble favorito que gobernaba á la reina de España, y por medio de ella al rey y á la monarquía, habia creído, como toda la Europa, que el ejército prusiano era invencible. Pero al siguiente dia de la victoria de Jena se prosternó á los pies del vencedor, y despues se valió de toda especie de lisonjas para disipar el enojo disimulado fácil de adivinar de Napoleon. No faltaba mas que un género de obediencia que no supo añadir á sus bajezas, porque no tenia capacidad para ello, y era el gobernar bien á la España, sacar de la postracion á la marina, defender sus colonias, y hacerla en fin una aliada útil, especie de espionaje, que á los ojos de Napoleon hubiera sido suficiente, y aun hubiera impedido que naciese su justa indignacion.

De regreso á París, Napoleon comenzó á ocuparse de esta importante parte del litoral europeo, y se persuadió de que al fin seria necesario tomar un partido acerca de la nacion española, que aunque en decadencia, se encontraba siempre dispuesta á serle infiel. Mas aun cuando su imaginacion no descansaba jamás, y de un objeto volaba á otro, como su águila de capital en capital, no